

La lucecilla escondida

Martha Rebeca Guadamuz Álvarez

En una ciudad lejana, no tan distante como el horizonte, ni tan cercana como la luna, una niña de mejillas rosadas, cabellos largos vestidos de sol y un cristalino río fluyendo en su mirada, yacía tirada en su camita de madera con vivos de colores. Sus ojos cerrados escondían pequeñas lágrimas furtivas bajando hacia la almohada...

Ella no era como las demás niñas de su escuela. No corría como loca detrás de las amigas, no reía a carcajadas durante los recreos, no cargaba muñecas en el balcón de su casa. Samanta, que así se llama la niña de ese país lejano, tenía dos padres muy amorosos, que luchaban por darle a ella todo lo que creían que necesitaba. Ambos trabajaban día a día, por lo que la niña al regresar de la escuela siempre encontraba su casa plétórica de silencio y murmullos de soledad flotando en los aromáticos jardines que la rodeaban.

Ella se encerraba en su cuarto y no salía de él hasta el día siguiente, cuando después de alistarse y tomar un nutritivo desayuno, su padre la llevaba hasta la escuela. Ella no era como las demás niñas. En su cabecita, donde debían germinar semillas de diversión, donde debían crecer lugares mágicos de princesas, campos de colores y flores mágicas, devenían pensamientos sobre las necesidades y problemas de sus padres y de los adultos...

En la escuela, sus compañeros la veían con ojos de misterio. Le daban bromas pesadas y le decían groserías, todo por ser diferente. Cuando compraba algún helado comía sin parar, siempre andaba callada, su mirada era triste y sus ojitos bellos, parecían vacíos. Ella no contaba con amigos, nadie la visitaba y la Tita que amaba tanto, vivía muy lejos. Estaba sola...



Una mañana en la escuela, la maestra de matemáticas le dijo a sus estudiantes que irían de paseo a un hermoso bosque cercano, donde corren ríos llenos de pececillos de colores, los árboles están cargados de frutas de muchas formas y tamaños y hay flores por todo lado. En ese lugar, estarían durante tres días todos juntos para que aprendieran el valor de la naturaleza. La niña, con más obligación que emoción, les contó a sus padres lo del viaje al bosque.

-Hija -dijo el padre- sería maravilloso que compartas con tus maestros y con tus amiguitos en el campo. Tomarás aire puro del bosque, podrás jugar en campos llenos de flores y dulces aromas, reirás y gritarás con tus amigos.

Por más insistencia, la respuesta siempre fue no...Unas horas después, la niña estaba en su habitación. Sonó el toc-toc. La niña levantó su rostro y pudo ver a su amada Tita entrando. La abrazó y descargó sus temores en llanto, mientras la Tita la abrazaba fuerte y besaba sus saladas mejillas rosadas. -¿Por qué no quieres ir al paseo? -preguntó la abuela. -Tita, exclamó la niña, no tenemos dinero para gastar en viajes así. Si voy a este paseo, no podremos ir en vacaciones a visitarte, y entonces tú no podrás llevarme a la playa, o al parque o a las tiendas como todos los años.

La abuela entonces comprendió que su nieta había perdido su lucecita. Esa que hace que los niños rían, corran, griten. La que hace que sueñen con chicos guapos de su mano, o que vuelan por encima de las montañas, la que hace que una niña tan hermosa sea la alegría de sus padres y que los momentos sean inolvidables...Le contó entonces a su nieta cómo era ella de niña. La alegría que ella era en su hogar. Le mostró dibujos mágicos que ella diseñaba a su edad; todo era fantasía, luz y color para ella, aunque sus padres eran de origen humilde, pero ella sabía que en esa casa, que era su hogar, nunca faltaría lo único importante para ella: el amor de sus padres...

Dos días después, la buseta escolar partía llena de niños gritando y riendo sin parar. En el asiento último, los cabellos de sol de Samanta se movían electrizados por el viento, sus ojitos temerosos querían salirse de su rostro, pero recordaba a su Tita y tomaba valor...Todos gozaban de aquel último día del paseo escolar. Samanta, sin embargo, estaba sola a un lado de un riachuelo. Un compañero se acercó y se burló de su vestidito, de sus cabellos, de su silencio. Todos los demás compañeros se rieron de lo hecho por el niño. Samanta se sintió tan mal que corrió por el bosque, el profesor de física quiso alcanzarla, pero no pudo. La vieron alejarse e internarse en el bosque...

La niña corrió y corrió. De pronto pudo ver una hermosa luz que salía entre los árboles. A su alrededor, había muchas más, de diferentes colores que, acercándose, le permitían ver bien todo a su lado. Luego, una a una, se fueron colocando en orden e hicieron un camino de luz... La niña entonces siguió confiada ese camino. Saltaba, corría, tarareaba melodías que su abuela le enseñó. Por fin, llegó junto a un frondoso árbol y había una gran roca junto a él. Sus ojos postraron su mirada en aquella roca que parecía hablarle. De pronto, sin advertirlo, de la roca surgieron destellos de sol multicolor. Una música como de orquesta celestial salía de atrás... y su corazón dejó el miedo que lo embargaba y empezó a sentir una sensación de alegría que se desbordaba por su mirada, mientras sus cabellos jugaban con el viento y los rayos de aquellas hermosas luces.

Ella entonces escuchó una voz en la roca. -Estas luces que te acompañan me han contado de tí. Dicen que eres una niña diferente y que siempre estás triste. Eso, mi niña, no está bien. Mira todas estas luces que hay a tu alrededor. Una es tuya...Tómala, tu debes saber cuál es. Llévala contigo. Sólo tú la puedes ver. Sin embargo, si alguien te molesta o se burla de ti, gira tu cabecita a la derecha, así podrás recordar que no hay nada más importante en la vida que tú misma y el amor que puedas dar o recibir. Recordarás que no hay nada más importante que vivir tu vida feliz, para que así puedas ver felices a quienes están cerca de ti. Y así, con el pasar de los días, todos podrán ver tu luz y entonces tu felicidad será tan grande que nunca más será la niña triste que fuiste hasta ahora.

Las luces se juntaron todas en una y la niña subió en ellas y en un abrir y cerrar de ojos la llevaron hasta donde estaba el campamento del paseo. Todos los niños y los maestros la buscaban por todo lado. Ella comprendió entonces que era querida por sus compañeros y profesores y que ella estaba desperdiciando ese cariño de sus amigos. Cuando llegó a casa de regreso del paseo, intentó abrir la puerta para entrar, pero antes que pusiera mano en ella, la puerta se abrió. Era su mamá. Ella la miró fijamente, la abrazó y le dio un beso en la frente. Luego le dijo con una voz suave y amorosa, “estaré siempre aquí para ti”.

Desde ese día, donde quiera que Samanta va, todos pueden ver una hermosa luz multicolor que la acompaña. Ella es una niña diferente, por eso todos la aman. Y la voz, aquella que le habló en la roca del bosque, la acompaña siempre para que su camino ya no se pierda y su luz ya no se apague...

Enlace a la votación: <https://forms.gle/W93sBvvNojbYAmkb7>